

UN HUMANISTA DE PRO

EL P. ESPINOSA POLIT, S. J.

La imprevista desaparición reciente de un auténtico hombre de letras, uno de los primeros humanistas contemporáneos, no ha hallado la suficiente sintonía entre nosotros. Es de justicia volver sobre ella. Y signar con piedra negra el 21 de enero último. En él se nos ha arrebatado, allá en su sede fecunda de las letras de los Andes, a un egregio humanista, el P. AURELIO ESPINOSA POLIT. La noticia sigue sobrecogiéndonos dolorosamente. Acababa de llegar a nuestras manos un par de meses antes, una doble muestra de su vigorosa plenitud creadora, el presente de la versión de Horacio y de la de Sófocles, recién salidas de las prensas mejicanas. Y cuando más cierta nos era la esperanza de nuevos dones de su cumplida madurez, la parca ha quebrado su tenue vida.

Había nacido en Quito a fines de siglo, el año 94. Mas su niñez transcurrió en nuestra España, donde continuó metiéndosele alma adentro el sabor, el olor, el vigor de nuestra lengua. Apenas adolescente, recibió su alma nuevos influjos: los de Suiza, Inglaterra, Bélgica, donde cursó sus estudios de segunda enseñanza. Y volvió a España para tomar preclaro rumbo: formar en las filas de la milicia de Iñigo de Loyola. En ella comienza a gustar de las lenguas clásicas, gusto que va avivándose, ahilándose en él de por vida. Completa en Cambridge su formación humanista. Allí traba conocimiento con los grandes catadores ingleses del alma de la antigüedad clásica. Y el año 28 vuelve al Ecuador y funda a poco la Universidad católica de Quito, que

rige, de por vida, fecundamente. Y en generosa desazón, en tenso ocio, recogido en sus muros, entregado al estudio de los clásicos, enseñando, escribiendo, recreando los reveladores hontanares griegos y romanos, se lo lleva de improviso el Señor a su lado.

Para mí, la dimensión más admirable de su múltiple labor fecunda es su tarea de traductor. Entiende este noble menester, al que rinde largos y alegres ocios, en su más cabal sentido: el de vitalizar, vivificar, actualizar el pasado. Y logra en él por entero el objetivo que Wilamowitz fija al recreador de un texto de poesía clásica: que el espíritu del poeta llegue a nosotros y hable con nuestras mismas palabras, que los nuevos versos ejerzan en nuestros lectores el mismo efecto que los del original ejercían en su tiempo sobre los suyos.

Tal la versión que acaba de donarnos en la lírica de Horacio. Voy a fijarme en uno sólo de los poemas vertidos, el más representativo quizá del mejor arte del venusino, en el *Beatus ille*... Nos gana de primeras el carácter esencial de su recreación: la más estricta concisión. El mismo en su áureo prólogo se precia de ello. Para lograrlo comienza por imponerse la norma de verter verso por verso los 70 yambos del original. Y elige el endecasílabo tanto en el trimetro como en el contrapunto del dimetro. Y logra nuestro humanista por entero su empeño. Tengo para mí que quizá ningún otro traductor moderno ha logrado darnos en tan precisa medida las síntesis medulares de la poesía de Horacio. A ello sacrifica, es cierto, la suavidad y fluidez que nos cautiva en la versión de Chamorro. La unidad de medida es siempre en él, como en Horacio, la palabra. Cada nombre, cada epíteto, cada verbo, cobra en la versión su cabal paridad, su vigor, su tenaz concisión de bloque vivo.

Pero no llega a ella, como veremos, por obra de calco, de fría superposición filológica. La estricta correspondencia con la expresión horaciana va surgiendo yambo a yambo. Y con ella la incorporación de la poesía original tan cumplida y vivaz que nos parece directa, como nacida por vez primera en nuestro idioma. No sabe a latino, todo es español, rústico, labriego, extraído de la entraña de nuestra lengua, florecida y revertida de su tierra de los Andes.

¡Qué gozo arrellanarse sobre el césped
o a la sombra vetusta de una encina,
mientras el agua corre en hondo cauce
y llora en el ramaje la avecilla,
y las fuentes manando rumorosas
a la quietud del leve sueño invitan!

*Libet iacere modo sub antiqua ilice,
modo in tenaci gramine,
Labuntur altis interim ripis aquae,
queruntur in silvis aves,
fontesque lymphis obstrepunt manantibus,
somnos quod invitet levis!* (23-28)

Seguid palabra a palabra el original y veréis que todos los matices han sido captados, recreados, con la única salvedad de un epíteto, *tenaci*, —*in tenaci gramine*— sobre el césped tenaz, que ha accedido a sacrificar por imposición del estricto linde del endecasílabo, del que nos compensa distendiendo el volumen de *iacere*, estarse tendido, que vierte por arrellanarse. A la vista de la correspondencia, de la identidad de versión y original, estimo cumple el P. Espinosa en la versión del épodo el inasequible postulado de Caer: «Tan fiel como sea posible, tan libre como sea necesario».

Comienza por comprender por entero, por captar exhaustivamente el matiz de cada vocablo, de cada sintagma, de cada frase. Y recogido lo íntimo de su ideación, lo recrea con estricta donosura. Me limito a pormenores desapercibidos para los más de sus traductores. El cuarto verso del épodo —*solutus omni fenore*— no había sido todavía captado por entero en las versiones españolas anteriores. Tienen en ello ciertamente alguna disculpa. La mayoría de nuestros traductores parecen tomar el encarecimiento como brotado de labios de Horacio. Se diría no echan de ver que el poeta en los cuatro primeros yambos anticipa —¡y con qué gentil donaire!— la finta del estrambote, la desazón que al logrero le acarrea el riesgo de sus préstamos usuarios. Ved cómo recoge el P. Espinosa el dejo del cuarto yambo:

Dichoso el que alejado de negocios,
como la gente de la edad antigua,

con bueyes propios el paterno campo
sin usuras ni préstamos cultiva.

*Beatus ille qui procul negotiis,
ut prisca gens mortalium,
paterna rura bobus exercet suis,
solutus omni fenore.* (1-4).

Inicia así con firme pulso el traslado de la sátira de Horacio, su linda burla del usurero Alfio, que encabeza la galería de avaros, al que asomarán sucesivamente Fufidio, el logrero Rusón y el hilarante rico pobre Opimio. La acabada fidelidad del traductor —segunda característica— servida por su sentido de la contención horaciana, le insta a hurtarse a los desdobles en que distiende la prieta unidad de la palabra de Horacio la mayoría de los traductores.

Ved cómo recrea el apunte de los quehaceres de otoño:

*Vel cum decorum mitibus pomis caput
autumnus agris extulit,
ut gaudet insitiva decerpens pira
certantem et uvam purpuræ,
qua muneretur te, Priape, et te, pater
Silvane, tutor finium.* (17-22).

Y cuando la cabeza alza el otoño
de frutos coronada en la campiña,
¡qué gozo cosechar la injerta pera
las uvas que purpúreas se arraciman,
por brindarlas a Priapo o Silvano
que custodian solícitos las fincas!

Sólo una mínima distensión, en el verso final, en que cede al apremio de la rima. ¡Qué precioso su arte, en el traslado del toque de primor de cada epíteto! Elijo como muestra su vivificación de los solaces de invierno:

*Aut cum tonantis annus hibernus Iovis
imbres nivesque comparat,* (29-30)

.....
*aut amite levi rara tendit retia
turdís edacibus dolos,
pavidumque leporem et advenam laqueo gruem
iucunda captat præmia.* (33-36).

Mas cuando en el invierno azota Jove
 los campos con chubascos y neviscas,

 o redes de anchas mallas para tordos
 sobre alisadas pértigas estira,
 o prende a lazo, codiciada presa,
 pávida liebre o grulla advenediza.

Sacrifica —es cierto— el adjetivo que Horacio adscribe a *turdis* —*edacibus*— glotones. Mas lo compensa el acierto, definitivo, de la correspondencia de "*lēvis*", pulido:

aut amite levi... tendit...
 sobre alisadas pértigas estira...

Sopesad el exacto traslado de nombre y epíteto en *ramis...* *pinguissimis*, en el encarecimiento del frugal regodeo del logrero:

quam lecta de pinguissimis
oliva ramis arborum. (55-56)
que las olivas
 que de álabe pingüísimo se escojan.

donde la vivificación del recreador instala en nuestra lengua la nota horaciana mediante el nombre sugeridor —álabe— con la más donosa paridad, que escapa por entero a los demás traductores.

La estrechez de lindes del verso le fuerza alguna vez a sacrificar algún primor esencial del original; tal el adjetivo *lassi*, la nota de desfallecimiento que acentúa Horacio en la vuelta al hogar del esposo. Otras, desvía un punto el sentido de la expresión latina, como en el remate de la estampa de bienestar hogareño, delicia del logrero:

Positosque vernas, ditiſ examen domus,
circum residentis Lares. (65-66).

«Ver el corro de esclavos que son enjambre en la abastada casa / sentado en torno a los lucientes Lares», dice el poeta encareciendo el religioso esmero de la dueña de la casa, que encera a diario las estatuillas de los dioses Lares, valedores del hogar,

como aclara certeramente Kiessling. Lo que el P. Espinosa traduce:

«Y el enjambre vernáculo de esclavos
que junto al rico Lar se regocijan»,

desviación en que quizá tenga su parte el apremio de la rima.

La tercera nota privativa de su estilo es la maestría en las transiciones, pareja a la de Fray Luis, de quien toma alguna de las más llamativas. Como éste, se asimila esos silencios de valor poético activo que amplifican su volumen— se ha notado— en ondas de belleza en torno a cada ciclo de sentido del original. Y salta garboso al plano siguiente en esa rauda andanada de fruiciones en que borbotea la insatisfacción del logrero.

Invito a los amantes de la poesía horaciana a que amplíen la comprobación a lo largo de la versión completa de su lírica, recogida en el pulcro volumen de la editorial mejicana Jus, México, 1960. Su lectura les deparará el don de poder percibir el gozoso enardecimiento —verso a verso renovado— a una con la decantada madurez cimera de un temperamento de humanista y filólogo, parejo al de los más preclaros de nuestro renacimiento, entregado a naturalizar por entero a Horacio en nuestras letras. La más sorprendente variedad de ritmos de la mejor cepa castellana, nunca vista en nuestros traductores, va pareando cada oda o épodo. La más novedosa correspondencia de pensamiento, de imagen, de vocablo, de vigor, de embride, le saldrán al paso en cada carmen. Mas siempre con la libre holgura donosa a que le insta su norma de hacer hablar a Horacio en español, con la armonía, con la sonoridad, con la viveza y llameante expresividad de nuestra lengua de Castilla, embebida de sápidos rezumos en boca de este insigne humanista ecuatoriano. Tengo para mí que este su gran segundo don, a treinta años corridos de su primero —el mejor estudio en nuestra lengua sobre Virgilio— une ya su nombre por siempre al de Horacio en nuestras letras, hoy de luto por su inesperada prematura muerte.

JAVIER ECHAVE-SUSTAETA.